El Teatro de la Infancia.

Galería dramática para niños y jóvenes.

LA VIUDA DE DON RODRIGO

CUADRO DRAMÁTICO
EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE



50 CÉNTIMOS

MADRID
LIBRERIA DE H VALERIANO
3.—Horno de la Mata.—3
1889

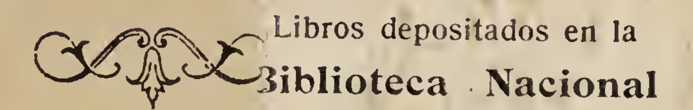
LA VIUDA DE DON RODRIGO

CUADRO HISTÓRICO

EN VERSO Y ORIGINAL

DE

F. Pí y Arsuaga.



MADRID
IMPRENTA DE D. DE LOS RÍOS DÍAZ
38.—San Andrés.—38
1889

Personajes.

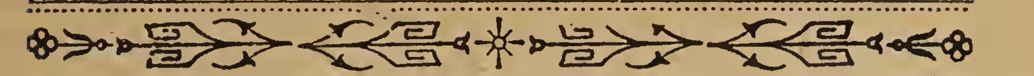
EGILONA.............. Viuda de D. Rodrigo y cautiva de

ABDELAZIZ............. Emir y esposo de Egilona

HABIB-BEN-OBEIDAD EL FEHERI............ Amigo y compañero de Abdelaziz.

HOWARA............. Amiga de Egilona.

Epoca: año 716.



ACTO ÚNICO

DECORACION

Habitación de la casa de recreo de Abdelaziz en las afueras de Sevilla.

ESCENA PRIMERA

EGILONA, HOWARA

HOWA. ¿Por qué lloras? Dí, ¿que afán
vino á turbarte traidor?
EGILO. Si vieras cuanto dolor
estas lágrimas me dan.
HOWA. *La de los lindos collares,*
Ommalisam, cual su dueño
la llama en su dulce empeño,
¿por qué alberga esos pesares?
¿Quién causa tu desconsuelo,
por qué viertes ese llanto?
¿Ya no le amas?
EGILO. Le amo tanto
que él es hoy mi único anhelo.
HOWA. Si en tu pecho hay esperanzas
y en tu corazón amores,
¿cuales son esos dolores
que logran esas mudanzas?
EGILO. Vas mi llanto á comprender
y el dolor que mi alma trunca.
¿Es ni puede llegar nunca

á ser eterno el placer?
Al ver esta dicha mía
no lloro amargos dolores,
lloro solo los temores
de perder esta alegría.

HOWA. Viuda del rey de los godos,
¿puedes temer, Egilona?
El emir su amor te abona
del más noble de los modos.
En Mérida prisionera
era justo tu quebranto;
pero hoy ha cambiado tanto
tu suerte, que ya sincera
puedes reirte sin misterio.
El emir trocó tus penas,
destruyendo las cadenas
de tu triste cautiverio.
Hoy unida en cuerpo y alma
á Abdelaziz generoso,
le puedes llamar tu esposo
y vivir en dulce calma.
¿Aun contenta no te ves
cuando por artes de amor
al que ayer era señor
contemplas hoy á tus piés?

EGILO. También, ¡oh! mi amiga Howara,
á Ataulfo amó Placidia;
también ella inspiró envidia
y su dicha le fué cara,
que también aquel delirio
de la hermana del Honorio
llevó en dulce desposorio
la corona del martirio.
Constantino, aquel celoso,
Sigerico, aquel traidor,
reina ó viuda, á aquel amor
jamás cedieron reposo.

Hay á más en nuestra boda,
Howara, otro cruel motivo,
que muerto el amor hoy vivo
dará pié á la crueldad toda.
Da aliento á mi corazón
de Jesucristo la cruz,
Abdelaziz ve otra luz,
él tiene otra religión.

HOWA. Abdelaziz tolerante
á tu religión respeta.
El emir no te sujeta
á ningún yugo humillante.

EGILO. Amalarico también
hizo un solemne tratado,
que poco después hollado
fué con cínico desdén.
Clotilde á este rey amaba,
y el rey fingiendo quererla
quiso á su afán someterla
y fiero la maltrataba.
Ella no hallando consuelo
á aquellas luchastemidas
y mirando sus heridas
mojó en su sangre un pañuelo.
Al franco por su rescate
le envió el presente anunciado,
y el pañuelo ensangrentado
fué la señal del combate.
Cruel su hermano Chidelberto
á Amalarico retó;
Amalarico acudió,
y Amalarico fué muerto.
Ella al ver cual se derrumba
la fragil dicha del mundo,
sintió el dolor más profnndo
y á poco bajó á la tumba.
Ve si tengo yo razón

cuando tempestad presagio,
y de cercano naufragio
llega el agua al corazón.
Las tempestades de enojos
que roban á un ser la calma
mucho antes las siente el alma
de que las miren los ojos.

HOWA. ¿Por qué con Abdelaziz,
Egilona te casaste?
Por qué, di, no te negaste
si no ha de hacerte felíz?

EGILO. Porque temí que furioso
castigara mi desdén,
porque yo ya sé muy bien
lo que puede un poderoso.
No son Escipiones todos
ni esposas de Allucio todas.

HOWA. Felíz serás con tus bodas,
amiga de todos modos.
Desecha pues tu dolor,
estrecha más esos lazos.
Arrójate ya en sus brazos
é inúndale con tu amor.
El será digno de tí.

EGILO. Dios sabe lo que ha de ser.

HOWA. Su genio haz por comprender.

EGILO. Vámonos. El viene aquí. (*Vánse.*)

ESCENA II

ABDELAZIZ, HABIB

HABIB No te digo, Abdelaziz
que no esté bien lo que has hecho,
tu conducta generosa
yo la aplaudo y la celebro.
Casarte con Egilona

ha sido rasgo muy bello.
Convertir á la cautiva
en señora es un buen hecho.
Hacer dueños de tí mismo,
hacerte tu mismo siervo,
de la de quien señor fuiste,
de la que te vió por dueño
es un acto que te eleva
y que abona tu talento.
Respetar su religión
es ser justo y es ser bueno,
tolerante y respetuoso,
imparcial y caballero.
Mereces en fin loores
eres un emir modelo;
pero, Abdelaziz, ¿no crees
que no te irá bien con serlo?
Hay mil veces en la vida
en que al impulso secreto
de un corazón generoso
hay que oponer el esfuerzo
de cierta crueldad precisa
cuando se ocupa tu puesto.
Casado con la cristiana
mujer del Rodrigo fiero
que á las orillas dejó
del Guadalete siniestro
con su corona su vida
y con su vida su imperio,
casado con Egilona,
mujer que alabo y venero
porque merece por todo
el más profundo respeto,
con Egilona, enemiga
del valiente sarraceno,
porque el sarraceno puso
entre su pecho y tu pecho

de la sangre de Rodrigo
un mar cual el mar inmenso,
¿no temes, dí, Abdeleziz,
que alborotado tu pueblo
sospechando de tu fe,
vea en tí locos deseos
de levantar en las ruinas
del aniquilado reino
del califa independiente
otra ley con otro imperio?
Mira que el pueblo murmura,
que te atribuyen intentos
que tu debes desmentir,
mira que muchos dan crédito
al cuento de la corona
que por aumentar deseos
Egilona en tu sien ciñe
cuando despiertas del sueño.
Piensa en lo que yo te digo,
haz caso de mis consejos.
Amala; pero haz muy pronto
de que la abandonas mérito.
Finge que ya no la quieres,
que merece tu desprecio,
ódiala públicamente
y hazte su esclavo en secreto.
A los dos esto os conviene.
Si no lo hacéis mucho temo
que no lleguen al Califa
esas calumnias y cuentos
y que el califa cometa
algún grave desacierto.

ABDEL. Habib, me explico tu afán,
y hasta comprendo tu miedo.
Me quieres y tu cariño
te finge sombras y espectros,
pero aparte de entender

lo noble de tus consejos,
lo sano de tu intención,
que no hay un califa creo
que con fiera ingratitud
pague bondades y esfuerzos
como los que he ejecutado
por dar glorias á ese pueblo
en que vió la luz Mahoma,
el profeta de los cielos
el enviado por Alah
para dar al universo,
fuego y luz, amor y vida,
resignación y consuelo,
con crímenes ó maldades
con infamias ó denuestos.
¿Podrá dudar de mi fe
ningún califa soberbio?
Quizá en vez de la política
de tolerancia que acepto
podrá el califa querer
que deje ya de ser bueno
y arrase á mi paso todo
sin piedad, á sangre y fuego?
Se ha de ocultar al califa
que un solo acto de respeto
hacia el vencido produce
más grande y mejor efecto
que cien brillantes combates
en que el enemigo es muerto?
El acto que he ejecutado
no inspira calma á los pechos
y les convierte en deudores
de gratitud y de afecto?
El convertir en amigos
á los que enemigos fueron
¿no es hacerse con más fuerza,
no es aumentar noble crédito

y hacer que ruede la fama
del valiente sarraceno
por el anchuroso mundo
de un extremo al otro extremo?
Podremos decir que somos
nobles entre los guerreros:
todos matan al vencido,
todos obran como dueños
solo nosotros Habib,
les respetamos sus templos,
su religión, sus costumbres,
su libertad y á más de esto
solo nosotros casamos
con las esclavas que hacemos.
El Califa agradecido
¿cómo, dime, ha de hacer mérito
de ruindades y calumnias
conociendo mis anhelos?
No traigan á mis salones
otra vez esos misterios
que la multitud convierte
en realidades, de espectros.
Mi nobleza está muy alta,
mi corazón muy sereno,
mi conciencia muy tranquila,
muy claro mi pensamiento
para que los manchen nunca
las calumnias de esos cuentos.
Mas quiero hablar á Egilona
y que aquí se acerca veo.
Apártate, Habib amigo,
y sabe que te agradezco
tu cariño y tu cuidado.

HABIB. Adiós, Emir, hasta luego.

(Vase.)

ESCENA III

EGILONA, ABDELAZIZ

EGILO. Adiós, emir amado.
ABDEL. Hola Ommalisam bella,
hola fulgente estrella
del cielo de mi amor.
(Reparando en la tristeza de Egilona.)
Mas ¡oh! dime que tienes
que al pecho tu belleza
inclina su cabeza
con aire de dolor?
La sombra de una pena
se extiende por tu frente,
me miras tristemente
y el alma llega á ver
envuelta en amargura,
formarse tus enojos,
salirse por tus ojos
y en lágrimas caer.
Dí, que dolor te abruma,
dí, sí, que afán te inquieta,
que haciago te sujeta
con torpe frenesí,
que está tu amante pronto
á consolar tu duelo,
pues es su único anhelo
amarte, bella hurí.
¿Anhelas más esclavos,
anhelas perlas y oro,
te estorba, dí, algún moro?
¡Oh! dilo, que si esto es
sultana de mi encanto,
verás con cual presteza
rodando su cabeza

contemplará á tus piés.
Yo sueño con un mundo
de dichas y de amores,
de perlas y de flores,
perfumes y ambrosía,
y allá, en esas fantásticas
visiones del deseo,
gozando paz me veo
contigo, amada mía.
Yo sueño el cielo hermoso
que tanto al hombre inquiéta,
cual lo pintó el profeta
con más luz y esplendor,
y es ¡oh! que el que me finjo
y al que mi ser camina,
sultana, lo ilumina
el rayo de tu amor.
Depón esos enojos,
depón esos agravios,
colórense esos labios
que pálidos están;
ya ves que yo te adoro
con loco amor creciente,
ya ves que solamente
calmar quiero tu afán.

EGILO. Me vence tu discurso.
En vano el ser batalla.

(Le extiende los brazos. Oyese al mismo tiempo la voz del muezin que llama á la oración.)

ABDEL. (Apartándose de súbito.)
Cristiana hermosa, calla
que tocan la oración.

(Baja la cabeza y se dispone á salir.)

EGILO. Me dejas cuando ardiente
dulcísimas delicias
te brindan mis caricias.

¡Oh, fiera religión!
Abdelaziz sale. Egilona se siente abatida y permanece meditando.)

ESCENA IV

Egilona. Habib., entra sin ser visto por Egilona, ni reparar en ella.

HABIB. Y yo su mejor amigo
sufriré al fin el tormento
de dar muerte á Abdelaziz,
el amigo verdadero
á quien quise desde niño
y á quien hoy amor inmenso
á pesar de su desgracia
en mi corazón profeso.
Y yo he de matarle, yo
al califa por respeto:
á él llegaron los rumores
sobre los que dí consejo
á mi amigo y el califa
hoy manda y hoy le obedezco
que de muerte á Abdelaziz
de la noche en el silencio.
Aquí está la orden escrita, (Mostrándola.)
ya no puedo perder tiempo.
Es de Alah siervo el Califa
y del Califa soy siervo.
Obedecerle es preciso
cuando Alah así lo ha dispuesto.

(Egilona repara en Habib y se acerca á él á tiempo que éste dice.)

Mas ¿donde está Abdelaziz?

EGILO. Dedicado está á su rezo.

HABIB. ¿Me oiste?

EGILO. Que le buscabas.

HABIB. ¿No más que eso?
EGILO. No más que eso.
HABIB. Pues voy á darle un recado.
EGILO. Idos con Dios.
HABIB. Pronto vuelvo. (Váse.)

ESCENA V

EGILONA

EGILO. Habló largo rato solo.
Aquí debe haber misterio.
¿Le seguire? No le sigo.
Que oculto quede el secreto.
Quizá cosas del Estado,
acaso asuntos agenos
á mi amor y mis pasiones
¡Ah! Por todas partes veo
que conspiran contra mí
ó mejor contra mi anhelo.
A Howàra debo llamar.
Con su lenguaje discreto
volarán de mi cabeza
estos tristes pensamientos.
(Llamando.) ¡Howara! ¡Howara!

ESCENA VI

EGILONA, HOWARA (Agitada.)

HOWA. ¿Qué quieres?
yo ya venía á tu encuentro.
Y Abdelazíz ¿donde está?
EGILO. Pero, ¿qué quieres? qué es esto?
HOWA. Egilona, vuela pronto
hacia tu esposo que creo
que ya ha cerrado sus ojos

de la negra muerte al peso.
EGILO. No puede ser ¿qué me dices?
HOWA. Lo que te digo es secreto
y por varias confidencias
he sabido que hay intentos
de matarle y que el Califa
es autor de tal siniestro.
EGILO. ¡Oh imposible! ¡Abdelazíz! (Gritando.)
¡Abdelazíz! Vuela presto
junto á tu esposa. De tí
el temor que antes no siento.
Ven que quieren darte muerte
y yo perderte no quiero;
ven que hallarás un escudo
de tu defensa en mi pecho.
¡Abdelazíz!

ESCENA VII

Dichos, HABIB (Con un alfange ensangrentado.)

HABIB. (Cortando el paso á Egilona.)
¿Qué le quieres?
EGILO. Quiero verle.
HABIB. Ya no puedo
consolarte. Ya no vive
EGILO. (Fuera de sí.) ¿Quién le ha muerto?
HABIB. Yo le he muerto,
(Tira el puñal. Egilona cae desplomada.)
HOWA. (Al público.) Ved cual en mil ocasiones
aun á costa de deseos
en su fondo harto plausibles
y en su esencia acaso buenos,
ha de contener su impulso
el más generoso pecho.
(Telón rápido.)

FIN

El Teatro de la Infancia.

GALERIA DRAMÁTICA PARA NIÑOS

ESCRITA POR

F. Pí y Arsuaga.

Van publicados:

Pájaros y flores (*comedia*).
El suicidio (*monólogo*).
El juez (*monólogo*).
Por disfrazarse de bueno (*comedia*).
El taller del carpintero (*comedia*).
¡Madre mía! (*cuadro dramático*).
Dos genios (*comedia*).
Los extremos (*comedia*).
Juana Gray (*monólogo histórico*).
El tapete verde (*comedia*).
Las turcas de Gonzalito (*comedia*).
El pastor de Lusitania (*cuadro histórico*).
La escuela del impaciente (*comedia*).
Sertorio (*cuadro histórico*).
Modestia y resignación (*cuadro histórico*).
Patria (*capricho dramático*).
El pequeño y el grande (*comedia*).
Sé hospitalario (*comedia*).
La viuda de D. Rodrigo (*cuadro histórico*).
Abdallah (*cuadro histórico*).